

# **ACOMPañAR PERSONALMENTE A CRECER EN LA FE**

**Juan María Uriarte Goiricelaya**  
*Obispo de San Sebastián*

**Zamora, 31-I-2008**

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
I. EL PANORAMA DEL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL HOY EN LA IGLESIA .....	3
1. La emergencia y asentamiento del acompañamiento .....	3
2. La crisis .....	5
3. Apuntes de un renacer .....	5
II. QUÉ ES Y QUÉ NO ES EL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL AL CRECIMIENTO DE LA FE.....	6
1. Qué no es un acompañamiento espiritual.....	7
2. Qué es un acompañamiento espiritual.....	8
2.1. <i>Aproximación</i> .....	8
2.2. <i>Tres niveles de acompañamiento</i> .....	9
2.3. <i>La entraña del acompañamiento espiritual</i> .....	9
III. ALGUNOS MOTIVOS QUE AVALAN EL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL.....	11
1. El acompañamiento en la fe nos ayuda a objetivar .....	11
2. Favorece y reclama la transparencia .....	12
3. El acompañamiento favorece la «juventud espiritual».....	13
4. El acompañante debe ser, a la vez, acompañado.....	13
5. Estamos en el régimen de la Encarnación.....	14
IV. LAS CONDICIONES REQUERIDAS EN EL ACOMPAÑAMIENTO .....	14
1. Aceptar la primacía absoluta de Dios sobre nuestra vida.....	15
2. Reconocer la necesidad real de la ayuda de los intermediarios.....	15
3. Una interioridad suficientemente rica .....	15
4. Orar .....	16
5. Eludir los riesgos de la relación .....	16
5.1. <i>La dependencia</i> .....	16
5.2. <i>La transferencia</i> .....	17
5.3. <i>La autoexigencia exagerada</i> .....	17
5.4. <i>Las aspiraciones idealistas</i> .....	17
V. LAS CONDICIONES REQUERIDAS PARA ACOMPAÑAR .....	18
1. Experiencia cristiana honda y sólida.....	18
2. Sabiduría para discernir.....	19
3. Acoger.....	19
4. Conocer y controlar sus propias tentaciones .....	20
4.1. <i>La condescendencia</i> .....	20
4.2. <i>La propensión al control desmedido</i> .....	20
4.3. <i>El paternalismo</i> .....	21
VI. ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS .....	21
1. El acompañante debe dejarse acompañar.....	21
2. Retiro largo .....	22
3. Jornadas de iniciación y profundización en el acompañamiento .....	22
BIBLIOGRAFÍA .....	23

## INTRODUCCIÓN

Siento especial alegría al encontrarme entre vosotros, presbíteros, religiosos y laicos, rostros conocidos y queridos de la Diócesis de Zamora y para mí cargados de recuerdos. Saludo entrañablemente a vuestro Obispo Gregorio y le agradezco la invitación a este encuentro fraterno.

Mi intervención no va a ser una conferencia de altos vuelos. Va a parecerse más a una exposición familiar, exenta de pretensiones académicas. He preparado un sencillo esquema que os ayude a seguir más fácilmente el itinerario de mi pensamiento.

La intervención va a desplegarse en 6 escuetos capítulos.

En el primero vamos a asomarnos al *panorama actual* del acompañamiento a la luz de su historia secular y reciente. En el segundo procuraré elucidar *qué es y qué no es un acompañamiento* a crecer en la fe. En el tercero expondré algunos *motivos* que aconsejan y urgen este acompañamiento. En el cuarto enumeraré algunas *condiciones* requeridas de aquellos que son *acompañados*. En el quinto recogeré unas cuantas condiciones requeridas en *el acompañante*. En un último apartado formularé algunas *sugerencias prácticas*.

## I. EL PANORAMA DEL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL HOY EN LA IGLESIA

### 1. La emergencia y asentamiento del acompañamiento

Acompañar personalmente a los creyentes a crecer en la fe cuenta en la Iglesia con una larga y secular tradición que tiene sus antecedentes en la Escritura. El libro de los Proverbios (6, 21-22) recomienda: «Guarda, hijo mío, los consejos de tu padre y no rechaces la instrucción de tu madre. Porque el consejo es lámpara y la instrucción es luz y es camino de vida la repreñión que corrige». Tobías ofrece a su hijo parecidas recomendaciones: «Busca el consejo de los prudentes y no desprecies ningún consejo útil... Recuerda, hijo, todos mis consejos y que no se te olviden nunca» (4, 18-19). En el Nuevo Testamento, Pablo recomienda a los cristianos el discernimiento de lo que en concreto Dios quiere de ellos en cada situación. El verbo «dokimazein» frecuentemente utilizado por él, significa discernir, examinar. «Así sabréis discernir, (catar, un verbo

muy toresano) *lo que más convenga*» (Flp 1, 10). A los Romanos les dice que «sepan aquilatar (*dokimazein*) cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto» (12, 2). Cita entre los carismas que algunos reciben la «diákrisis pneúmaton», el discernimiento de los espíritus (1 Cor 12, 10). Aparece con claridad en los escritos del Apóstol que lo que Dios quiere en concreto de nosotros en cada circunstancia no está en muchas ocasiones claro y patente. Dios no nos ha ahorrado el trabajo de buscarlo. No he encontrado en Pablo un texto que cite expresamente el acompañamiento humano en esta búsqueda personal. Pero su pertinencia es una consecuencia lógica.

Entre los Padres del desierto en Oriente, la figura del acompañante es capital. Es designado sobre todo con el nombre de «padre» (*Dictionnaire de Spiritualite*, tomo III, «Père spirituel», cc. 1002 ss). A veces esta designación nominativa «pater» es acompañada del adjetivo «pneumatikos» (que no significa «espiritual» sino «en el espíritu»). El «padre» es un experto en los caminos del Espíritu, no sólo un consejero moral. No es sacerdote. El discípulo le expone no sólo sus pecados y sus tentaciones, sino también sus pensamientos y deseos más íntimos (*logismoi*).

Del desierto la praxis del acompañamiento espiritual pasa a los monasterios de Oriente y de Occidente. San Bernardo le reconoce un gran relieve. El Abad es un padre que orienta no sólo a la comunidad en su conjunto sino individualmente a las personas que la componen.

La tradición franciscana incorpora también esta figura a los factores de crecimiento espiritual, designándole con el nombre de hermano.

Ignacio de Loiola es uno de los grandes maestros del acompañamiento. Por sus propias luchas a lo largo de su vida sabe que la voluntad concreta de Dios no se halla tan fácilmente siempre. Sabe también de los frecuentes autoengaños. «*Es prudencia verdadera no fiarse de la propia prudencia y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión*», escribe a los Jesuitas de Portugal. Las Reglas del discernimiento ignacianas han alcanzado en la Iglesia una merecida aceptación. Es curioso observar que Ignacio nunca utiliza la palabra «director», porque para él, el crecimiento en el camino de la fe no se ventila entre acompañante y acompañado, sino «entre Dios y el ánimo devota», a quien Dios se comunica «abrazándole en su amor y alabanza y disponiéndole por la vía que mejor podrá servirle en adelante».<sup>1</sup>

El siglo XVII es una de las cimas del acompañamiento espiritual. San Francisco de Sales, Berulle, Olier, San Juan Eudes, son figuras señeras.

---

<sup>1</sup> Cfr. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, tomo I, artículos «Acompañamiento espiritual» y «Discernimiento», Mensajero (Bilbao 2007).

## 2. La crisis

Poco a poco se va deteriorando la figura del acompañamiento espiritual. Se interpone en exceso entre el Espíritu Santo y el creyente. Dirige de manera autoritaria reduciendo mucho la libertad de la respuesta de éste y recalcando en exceso la obediencia al director. Concentra su energía en dictar la conducta moral y ascética, más que en descubrir la acción del Espíritu Santo en la vida de los creyentes.

A. Louf, un monje que es autoridad indiscutida en esta materia, describe la deformación sufrida por el acompañamiento en dos términos: *autoritarismo* y *moralismo*. El autoritarismo exige obediencia al director y el moralismo olvida lo que el Espíritu Santo hace y dice en la vida del creyente para concentrarse casi exclusivamente en lo que el dirigido tiene que hacer.<sup>2</sup>

Bastantes de los aquí presentes hemos vivido en nuestra juventud una dirección espiritual todavía no del todo purificada de estas dos deficiencias. Dolores Aleixandre escribe con cierto desgarro. *«es bastante numerosa entre nosotros la generación que “va por libre”, sencillamente porque los que pertenecen a ella acabaron hartos de la dirección espiritual de los años mozos y no están para segundas ediciones... La visita al Director espiritual era algo así como la visita al dentista»*.<sup>3</sup>

Estas son razones reales, aunque no únicas, de un triste fenómeno que hemos vivido en las décadas anteriores. Citemos simplemente entre aquellas la crisis de la figura paterna, el cuestionamiento de la autoridad, la mayor conciencia de suficiencia propia, la proclividad al individualismo, la relajación de las apreturas de una conciencia moral rigurosa... y la pérdida notable de oxígeno espiritual y de voluntad de avanzar en el seguimiento de Jesucristo. Estos factores fueron arrinconando el acompañamiento espiritual, reduciéndolo a momentos de urgencia moral aguda y considerándolo como signo y causa de una dependencia indigna de la libertad humana. Los efectos han sido muy empobrecedores y, en algunos casos, demolidores. Durante decenios, salvo en determinadas parcelas eclesiales, el acompañamiento espiritual ha permanecido más hundido que el «Andrea Doria».

## 3. Apuntes de un renacer

Ha sido para mí una sorpresa reconfortante comprobar que, para los maestros más autorizados, el acompañamiento espiritual está siendo en la Iglesia un redescubrimiento.

---

<sup>2</sup> Cfr. A. LOUFF, *Mi vida en tus manos*, Narcea (Madrid 2004).

<sup>3</sup> D. ALEIXANDRE, «Imágenes bíblicas para el acompañamiento», en *Sal Terrae* (Santander 1997), p. 641.

Así lo afirma el P. Rambla, sj: «*el acompañamiento vuelve a emerger con fuerza en la Iglesia y las situaciones de acompañantes y acompañados son multiformes*».<sup>4</sup>

Un especialista alemán, Van Breemen, constata un renacimiento «operado en las últimas décadas. Eso sí: en círculos reducidos. El servicio del acompañamiento espiritual habrá de ganar, según todos los indicios, en importancia en el futuro».<sup>5</sup> Tal descubrimiento es calurosamente saludado por el P. André Louf: «*La recuperación del acompañamiento espiritual es indispensable hoy no solamente para los creyentes que buscan espiritualidad, sino también para el conjunto de la Iglesia*».<sup>6</sup> Personalmente no veo todavía un progreso notable en nuestro clero y laicado. Pero tal vez mi observatorio no es el más indicado para registrar este fenómeno.

## II. QUÉ ES Y QUÉ NO ES EL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL AL CRECIMIENTO DE LA FE

Empecemos diciendo que la palabra «acompañamiento» es una de las que hoy se utilizan para designar este carisma y ministerio eclesial. La expresión «padre espiritual» es la más antigua. En los últimos tiempos se impuso la denominación «dirección espiritual», hoy recusada por muchos porque recuerda una época reciente de excesivo dirigismo. Las expresiones «orientación», «consejo», «contraste», «acompañamiento», «guía», la han suplido en gran parte. Todas ellas recogen algún aspecto importante de la realidad que designan. Ninguna resulta *satisfactoria* para todos. En cualquier caso, el nombre no es lo más importante, sino «la mercancía» (el contenido) que se vehicula bajo el nombre. Usaré predominantemente el término «acompañamiento» pero recurriré también a otras denominaciones.

Es indudable que un acompañamiento *personal*, al menos circunstancial, se sigue practicando de muchas maneras en la pastoral de la Iglesia. La forma práctica de muchas confesiones sacramentales, las entrevistas del despacho parroquial, las relaciones nacidas de los contactos con nuevos matrimonios, la confianza adquirida con una familia de la que hemos estado cercanos y pendientes en un tiempo de duelo..., son espacios en los que se despliega un servicio de atención personal a la fe de muchos. Carece, con todo, del carácter periódico y sistemático requerido por un acompañamiento

---

<sup>4</sup> J.M. RAMBLA, «No anticiparse al Espíritu. Variaciones sobre el acompañamiento espiritual», en *Sal Terrae* (Santander 1997), p. 627.

<sup>5</sup> P. VAN BREEMEN, «Acompañamiento espiritual hoy», en *Manresa* (1996), p. 361.

<sup>6</sup> A. LOUFF, *o. c.*, p. 53.

que pueda llamarse espiritual. En este capítulo vamos a ocuparnos muy especialmente del acompañamiento *espiritual* (que es el analogado principal de otras formas de acompañamiento) aunque elementos de nuestra reflexión serán válidos para todo acompañamiento en la fe. Nos aproximaremos a él por dos flancos. Por un lado, distinguiéndolo de otros servicios eclesiales afines; por otro, identificándolo en sus caracteres principales.

## 1. Qué no es un acompañamiento espiritual

Es algo distinto a la *confesión sacramental*. El sacramento de la Reconciliación tiene, evidentemente, un rango muy superior y una eficacia diferente. Aunque en la práctica corriente vaya acompañada de unas recomendaciones e incluso de cierto diálogo entre confesor y penitente, no cubre en general todo el área que es propia del acompañamiento espiritual. Se queda corto para quien quiere avanzar con paso firme en las vías del Evangelio y del Espíritu.

No se identifica tampoco con *la cuenta de conciencia* entendida como una exposición de nuestros comportamientos morales y de las actitudes subyacentes a ellos. Tal práctica es una autodisciplina espiritual saludable y un medio eficaz de perseverancia. Muchos vamos deteriorándonos en el amor obediente al Padre, en el seguimiento al Hijo y en la fina atención y disponibilidad al Espíritu porque no nos sometemos a esta autodisciplina.

No es tampoco una *dirección espiritual* a la antigua usanza. Hemos de aprender de la experiencia de un pasado aún reciente. El acompañamiento espiritual es algo más y algo diferente. Hemos aludido a los defectos en los que había incurrido en la práctica la dirección espiritual. Hablaremos más tarde de los elementos positivos del acompañamiento que la praxis de la dirección espiritual tendía a olvidar.

No es, desde luego, *una psicoterapia «gratis»* disfrazada de acompañamiento espiritual. La tentación de confundirlos no es imaginaria. Una de las formas de secularismo consiste en convertir las categorías espirituales en categorías psicológicas, que son afines a aquellas, pero que no constituyen su núcleo. La conciencia de pecado se reduce a sentimiento de culpabilidad (confundiendo remordimiento con arrepentimiento). El crecimiento espiritual se reduce a autoestima. La pasión por el Reino de Dios se torna pura justicia social. El amor cristiano se identifica totalmente con la solidaridad. De esta manera vaciamos el cristianismo.

Una cosa es la psicoterapia y otra el acompañamiento espiritual. La psicoterapia tiende a curar nuestras heridas psíquicas y a neutralizar o paliar nuestros trastornos psicológicos. El acompañamiento se propone ayudar al acompañado para abrirse a Dios y a su gracia

sanante que va amortiguando en nosotros los focos de pecado y a su gracia santificadora que intensifica nuestra fe, esperanza y amor.<sup>7</sup>

La diferencia no excluye la relación. Más bien la aconseja. Un conocimiento básico de ciertas claves fundamentales del psiquismo humano ayuda al acompañante a cumplir mejor su misión. Los grandes maestros del espíritu fueron psicólogos «avant la lettre» (antes de que se desarrollara la psicología como ciencia). A veces un acompañante, cuando entiende que ciertos bloqueos espirituales se deben a factores psicopatológicos, ha de aconsejar una psicoterapia. Y siempre le viene bien conocer el perfil de la personalidad del acompañado, diseñado por un experto.

Dos criterios han de tenerse en cuenta en este punto delicado. En primer lugar, la madurez humana y la madurez espiritual y pastoral son realidades diferentes. Hay santos que son humanamente deficientes por sus tasas sensibles de neuroticidad o por defectos caracterológicos importantes. En segundo lugar, la madurez humana y la madurez espiritual interactúan mutuamente. «Sin una adecuada formación humana, la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario» (PDV, 43). Recíprocamente la vida espiritual profunda y la experiencia pastoral auténtica maduran y enriquecen algunos aspectos de la humanidad del presbítero y le ayudan a asumir positiva y productivamente algunas de sus limitaciones y trastornos psíquicos.

## **2. Qué es un acompañamiento espiritual**

### *2.1. Aproximación*

Hagámonos primero una idea aproximativa. La iremos enriqueciendo después. Un acompañante es un guía que, respetando la conciencia de su acompañado, decidido a descubrir y cumplir el proyecto de Dios sobre él, le orienta por los caminos que va enseñando este Espíritu sirviéndose del discernimiento.<sup>8</sup> Según esta aproximación, el auténtico acompañamiento espiritual requiere previamente una actitud de conversión y de seguimiento personal de Jesús (no simplemente a su doctrina o a su programa). Muchos creyentes y practicantes no serían acreedores a *este* acompañamiento por no encontrarse en ese punto de conversión. Habrá que acompañarles de otras maneras.

---

<sup>7</sup> Cfr. MERCATALI, «Padre espiritual», en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Paulinas (Madrid 1983), c. 1054.

<sup>8</sup> Cfr. J.D. CUESTA, «Acompañamiento espiritual», en *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero (Bilbao 2007), p. 83.



## 2.2. Tres niveles de acompañamiento

Los expertos distinguen, dentro del acompañamiento propiamente espiritual, tres niveles o fases:

- El acompañamiento *formativo* se ofrece a quienes, teniendo una disposición evangélica y eclesial aceptable (aunque con fragilidades) carecen por su juventud, por su reciente conversión o por su elemental preparación, de unas cargas de profundidad que les introduzcan en una comprensión global del cristianismo, de la Escritura, de la oración, del comportamiento moral, del compromiso eclesial, del servicio a la comunidad humana. Estamos en una fase educativa (que en parte puede ofrecerse a un grupo). La intervención del acompañante es más directiva.
- El acompañamiento de *iniciación espiritual* es ofrecida a aquel o a aquella creyente que tiene ya una experiencia personal de Dios y un nivel aceptable de formación cristiana. En esta fase, el objetivo del acompañamiento consiste en contribuir a que reconozca en sí y en todo su entorno las señales de la presencia activa del Espíritu Santo y las interpelaciones que Él le dirige. Ayudarle a leer bien (discernir) estas señales (evitando posibles engaños o deformaciones) y alentarle a responder con libertad y generosidad, es el núcleo de la tarea del acompañante.
- Existe aún un tercer nivel de acompañamiento: el *seguimiento periódico* a personas ya formadas, iniciadas en la experiencia de Dios y avezadas en el discernimiento. En este nivel, el contacto entre acompañante y acompañado es más espaciado y la intervención del acompañante más modesta. Consiste ordinariamente en ayudarle a objetivar y a contrastar.

En cualquiera de estos niveles, el acompañado ha de verse abocado a realizar opciones existenciales de mayor envergadura, bien al elegir el estado de vida, bien al digerir acontecimientos que conmueven su existencia: muertes, enfermedad, cambio laboral importante, situaciones familiares delicadas, conflictos de calado con superiores. En estas situaciones la tarea del acompañamiento es más intensa: mayor proximidad, mayor ayuda para discernir.

## 2.3. La entraña del acompañamiento espiritual

En todo acompañamiento espiritual subyacen una convicción de fondo, un Protagonista, una tarea central y un campo de acción.

- La opción de fondo es ésta: Dios Padre tiene una *voluntad concreta sobre mí* y esta voluntad puede ser conocida. Es cierto que Dios es «semper maior». Pero no juega a los dados con nosotros. Es Misterio, pero Misterio de amor, que emite signos que, a

la luz de la Escritura, del análisis de la realidad, del contacto con el sufrimiento del mundo, de la reflexión personal, del contraste periódico con el acompañante, del intercambio con otras personas y grupos y de los movimientos interiores suscitados por el Espíritu, pueden ser interpretados.

- El Protagonista es el *Espíritu Santo*. En este servicio, el primado absoluto es de Dios. El acompañante no es sustituto ni siquiera mensajero de Dios. Es un intermediario que favorece el encuentro personal entre Dios y el creyente y, a partir de él, el encuentro consigo mismo y con su mundo circundante. Es Dios quien le enseña, le orienta, le interpela, siempre a través de alguna de las mediaciones antedichas. El intermediario debe *saberlo* con experiencia sapiencial, para que sea transparencia, no pantalla. Él es, como el Bautista, «el amigo del Esposo» que prepara el encuentro. Es el que «le ayuda a unificar los hilos de tantas voces diversas que llegan al umbral de la conciencia» (NDE col 1060).
  
- La tarea central es el *discernimiento*. Me refiero aquí al discernimiento personal, no al discernimiento comunitario, complemento importante del primero. A través de las mediaciones el creyente descubre, muchas veces a media luz, qué es lo que Dios Padre quiere de él (su proyecto); qué significa para él en concreto, hoy y aquí, seguir a Jesús; por dónde quiere conducirlo el Espíritu.  
Para una mirada periférica puede parecer el discernimiento un movimiento de introspección de un sujeto que se interesa sólo por lo que le pasa a él o sucede entre Dios y él. Esta es una de sus posibles patologías. Pero, muy al contrario, un discernimiento auténtico postula que tengamos antenas sensibles a todas las áreas de la realidad. La materia del discernimiento es precisamente el impacto iluminador, consolador e interpelador de la llamada que Dios nos dirige a través de la realidad personal, familiar, laboral, social, eclesial. El acompañante ayuda, en la medida necesaria, a descubrir esa llamada con lucidez (sin engañarse movido por turbios deseos, oscuros temores o arraigados prejuicios) y a secundarla con generosidad y creatividad.
  
- El campo de acción es la vida entera del creyente acompañado. No sólo su oración y su castidad. También sus relaciones familiares, amicales, laborales. Igualmente el uso de su dinero y de su tiempo. Asimismo el propio carácter, con sus valores y deficiencias. Por supuesto, su inserción eclesial y su compromiso social.

Con una cita de Dolores Aleixandre ponemos fin a este segundo capítulo: «*el acompañante no nos juzga ni nos protege. No nos obsequia con su paciente tolerancia ni con su benevolencia condescendiente. Es capaz de sumergirse en nuestro mundo subjetivo y participar de nuestra experiencia. Cuando presentimos que alguien se arriesga a entrar en nuestros problemas, nos ayuda a verbalizarlos y acompaña nuestra*

*experiencia, estamos siendo visitados, aunque no nos demos cuenta de ello, por la presencia de Jesús que no quiere dejarnos huérfanos».*<sup>9</sup>

### III. ALGUNOS MOTIVOS QUE AVALAN EL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL

«No se deje llevar de sus propios impulsos, no sea que comprometa su constancia: guíese por personas ejercitadas», escribía San Ignacio en una de sus cartas. El acompañamiento para crecer en la vida cristiana «es imprescindible sin resultar esencial».<sup>10</sup> Lo único esencial es la acción del Espíritu. Pero esta acción se realiza en muchas ocasiones a través de intermediarios externos a la persona creyente. Un intermediario privilegiado es el acompañante. Este capítulo pretende destacar la importancia singular del acompañamiento y formular algunos motivos que sustentan tal afirmación.

#### 1. El acompañamiento en la fe nos ayuda a objetivar

Quien se asoma con perspicacia al mundo interior de las personas, al tiempo que descubre su aspiración a la verdad y al bien, detecta importantes resistencias para la lucidez.

Nos cuesta **reconocer** «la verdad de nuestro propio deseo» (Lacan), encubierta por intereses, temores y otros mecanismos defensivos. Nos cuesta, asimismo, reconocer nuestras equivocaciones, defectos, fracasos y pecados. «La memoria me dice: “has obrado mal”. El orgullo me dice: “no has podido obrar mal”. Y el orgullo acalla a la memoria» (Nietzsche). Uno de los mecanismos defensivos más socorridos es aquel por el que tendemos a proyectar nuestros males sobre otras personas, grupos o instituciones. El camino del crecimiento en el Espíritu reclama «una máquina de la verdad» más seria que aquella que en ocasiones nos brinda la televisión. El contraste periódico con otra persona avezada, cercana, respetuosa y libre para ofrecernos su apreciación es un precioso instrumento.

Podemos reconocer sin **aceptarnos** a nosotros mismos, dolorida pero pacíficamente, sin caer ni en la pasividad ni la desesperanza. «Odiarse a sí mismo es más fácil de lo que

---

<sup>9</sup> D. ALEXAINDRE, art. c., p. 653.

<sup>10</sup> J.M. RAMBLA, art. c., p. 624.

parece. Lo difícil es amarnos humildemente a nosotros mismos como miembros heridos y dolientes del Cuerpo de Cristo». Es el Espíritu quien hace que digiramos lentamente nuestros fallos humanos y morales. El Espíritu se vale frecuentemente del consejero espiritual.

Hay personas que se automenosprecian de manera netamente desproporcionada. Hoy se dice de ellas que tienen baja autoestima. Sufren por ello. Es impresionante el descubrimiento del mundo interior subjetivo de una Teresa de Calcuta. Sorprende la confesión del Cura de Ars: *«en mi vida he tenido que luchar mucho más contra la desesperación que contra el orgullo»*. Objetivar supondría en este caso ayudar a una visión más equilibrada y menos acomplejada de sí mismo y, por ello, más acorde con la afirmación de nuestra fe: somos obra de Dios.

En suma, el acompañamiento es piedra de contraste de nuestros deseos, ayuda para asumir nuestras deficiencias, espejo para no menospreciarnos ni sobrevalorarnos.

## **2. Favorece y reclama la transparencia**

La teología católica ha defendido ante la protestante que el hombre no está «esencialmente corrompido». Pero no deja de reconocer, con Pablo en el cap. 7 de *Rom*, que nuestro mundo interior tiene oscuridades y heridas. El hombre no es «corruptus», pero sí «vulneratus». El Vaticano II (*Gaudium et spes*, 10) dice del hombre: *«Débil y pecador, muchas veces hace lo que no quiere y no hace lo que querría hacer. Por ello, sufre en sí mismo la división de la que surgen tantas y tan numerosas discordias en la sociedad»*.

La psicología profunda más aquilatada ha confirmado esta visión del ser humano. Todo este mundo interior esconde deseos medio confesados, fantasías, proyectos, complejos, conflictos, hábitos. Contiene capítulos de nuestra historia que no queremos recordar. No es puro pasado. Es también presente porque influye en él y lo perturba si no está elucidado. Hay una vía para desactivar, siquiera en buena medida, ese «material radiactivo»: es la transparencia, es decir, la apertura de todo ese mundo ante un interlocutor autorizado. Salvo en casos minoritarios, no es necesario el especialista. Un acompañante debidamente preparado puede acoger este mundo interior y, sin internarse en el ámbito de las interpretaciones técnicas, contribuir a que nos liberemos de esta carga bloqueadora.

La transparencia es saludable para todos. Es necesaria en aquellos que quieren consagrar su vida al servicio de la comunidad cristiana. La Iglesia les encomienda lo más sagrado que tiene: la Palabra, la Eucaristía, la Reconciliación, la Comunidad. Tiene que saber «con quién se juega los cuartos». En el «aquí estoy» del que se ofrece, va

implícita la disposición a «dejarse sondear por Dios» abriéndose a alguien que sea de su confianza y de la confianza de la Iglesia. Tengo experiencia de que, cuando esto no se realiza a tiempo, la Iglesia y el sujeto lo pagan muy caro. Me preocupa que ésta sea todavía asignatura pendiente en muchos lugares. Me consuela pensar que lo que no se hizo en el tiempo propicio de la preparación puede todavía realizarse en el tiempo (sobre todo inicial) del ministerio. Dios quiera que quien lo necesite encuentre buenos acompañantes.

### **3. El acompañamiento favorece la «juventud espiritual»**

Las circunstancias sociales y eclesiales en las que vivimos aceleran, a partir de cierta edad, los procesos humanos. Tengo desde hace tiempo la convicción de que bastantes sacerdotes vivimos una larga juvenilidad, una corta madurez y una senescencia prematura. La fatiga, hecha de cansancio, de sensación de poca fecundidad, de quemazón, de escepticismo pastoral y de pasividad no es un fenómeno ni mucho menos específico, pero sí real. El llamado «burning out» no nos es ajeno. Los tiempos están siendo duros para quienes nos hemos entregado al ministerio. Mantener la «juventud espiritual y pastoral» es una gracia preciosa, una filigrana del Espíritu en nosotros.

Existe, y no es nada excepcional, esta «juventud». La registramos en personas cercanas. Esta persona, con los mismos problemas que yo, con los mismos motivos de estar harta como yo, sigue adelante, no parece quemada, no se queja del martirio de las ampollas de los pies, saca gusto cada día a la monotonía de este maná insípido, encuentra el lado bueno en las decisiones claramente equivocadas de Moisés y, además, es capaz de cargar a ratos con mi mochila... Si estamos al margen del camino como Bartimeo, esta persona nos dice palabras de ánimo y nos comunica la seguridad de que Él sigue llamándonos y que nunca ha perdido la confianza en nosotros. Responde así a una tarea hoy urgente: nos ofrece a hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos y laicos vías para un contacto con la Fuente de la vida.

### **4. El acompañante debe ser, a la vez, acompañado**

La experiencia de haber sido bien acompañado es una condición muy favorable para ofrecer a otros hermanos y hermanas el agua fresca del acompañamiento. Vale por analogía la sabia práctica de ciertas escuelas terapéuticas: el que se prepara para ser terapeuta, debe él mismo haber pasado por la terapia. Así descubre las resistencias que más o menos inconscientemente se oponen al progreso de la misma.

Pero no sería suficiente *haber sido* acompañado. Los acompañantes deberíamos *ser* acompañados también en el presente. El acompañamiento, aunque con diferente función

e intensidad, debería durar toda la vida. Como hemos indicado más arriba, existe una forma de acompañar que consiste en el seguimiento y tiene como contenido central el contraste. Revivir nuestra condición de acompañados nos hace, además, mejores acompañantes. Existe todavía una tercera razón, recogida ya en el Concilio de Trento: la duración de los procesos es una dificultad añadida para la fidelidad a Cristo. El «*diu perseverare*» no puede obtenerse «*sine speciali Dei auxilio*». El acompañamiento es un valioso instrumental para mantener la fidelidad, que es «amor que vence al desgaste del tiempo» (Rovira Bellosó).

Mi experiencia me dice que son relativamente pocos los sacerdotes que se atienen a esta razonada e importante recomendación. Son algunos más los que se confiesan con cierta periodicidad con el mismo confesor y en torno a este encuentro sacramental comunican con profundidad. Somos quizás bastante numerosos los que acudimos a él o a un desconocido en situaciones de emergencia.

## **5. Estamos en el régimen de la Encarnación**

Jesucristo, Pastor viviente de la Iglesia, le comunica continuamente por su Espíritu la capacidad de realizar sus cuatro misiones fundamentales: orar, vivir fraternalmente, anunciar el Evangelio y servir a la sociedad, sobre todo a los pobres.

El Verbo encarnado, al ofrecernos este cuádruple servicio, asume plenamente las consecuencias de la ley de la Encarnación: actúa sobre la Iglesia (en sí misma primer gran signo) mediante signos humanos que hacen a Cristo presente, patente y operante en la comunidad. Hay signos mayores: la Escritura, los Sacramentos, el ministerio apostólico. Hay signos de otro nivel, pero necesarios o sumamente convenientes. Uno de estos signos es el ministerio del acompañamiento espiritual.

## **IV. LAS CONDICIONES REQUERIDAS EN EL ACOMPAÑADO**

Hay acompañados que no se dejan acompañar o quieren ser demasiado acompañados. Hay personas que en el acompañamiento «profundizan en la superficie». No a cualquiera hemos de ofrecer este servicio, al menos en su forma más auténtica. Son necesarias determinadas disposiciones. Enumeramos algunas.

## **1. Aceptar la primacía absoluta de Dios sobre nuestra vida**

Embarcarse en el acompañamiento entraña haber puesto básicamente nuestro centro de gravedad en Dios, no en nuestro yo ni en la justicia ni en ninguna opción ideológica. «Dios sobre todo». El acompañado hace, de partida, una opción por Dios a lo largo de toda su trayectoria vital. Ignacio lo expresa con la frase: «*buscar y hallar la voluntad de Dios*».

Me parece que esta opción es muy minoritaria en nuestra Iglesia. El clima cultural de nuestro tiempo nos inclina a concebir nuestra vida primariamente como un espacio de realización personal, incluso en muchas ocasiones indiferente a la realización personal de los demás y de los más débiles. Dios no puede querer que no nos realicemos personal y solidariamente. Dios quiere y garantiza que quien opta por Él como Primer Valor va a encontrar ahí su propia realización presente y futura, no sin la cruz de por medio.

Precisamente porque esta opción es tan minoritaria, un cierto acompañamiento debe extenderse también a otros creyentes cuyas aspiraciones espirituales son más recortadas. Este acompañamiento no ha de perder de vista el objetivo: orientar al creyente a optar por Dios.

## **2. Reconocer la necesidad real de la ayuda de los intermediarios**

La tentación de autosuficiencia y el individualismo no son ajenos a nuestra cultura. Ellos se interponen con frecuencia para eludir ser acompañados. La petición de ayuda al consejero puede parecer un signo de dependencia que hiere la imagen que tengo de mí mismo. Sin embargo, reconocer nuestra miopía y debilidad espirituales es signo de un realismo saludable. Aceptar las mediaciones humanas que provienen de fuera de mí mismo es un primer paso para reconocer en su ayuda un servicio que nos ofrece la Iglesia.

## **3. Una interioridad suficientemente rica**

El ser humano es interioridad y exterioridad. Así lo reconocía ya Pío XII. La trepidación de la vida presente conduce a la mayoría a un predominio preocupante de la exterioridad. «Vivimos mucho y molemos poco». Tenemos dentro de nosotros muchos impactos y experiencias que aún no hemos digerido. Una minoría tiene tendencia, tal vez por temor a vivir a la intemperie del mundo, a la introspección solitaria. Pero es la exterioridad sobre todo la que en nuestro día requiere especial control. Si ella se impone, las cosas no resuenan dentro. La semilla rebota en el camino, no fructifica, bien

porque la tierra no tiene profundidad, bien porque los cardos asfixian el brote de la planta.

#### **4. Orar**

La vida de fe desborda la vida de oración. Consiste en buscar y hallar a Dios en todas las cosas. Pero entre esas «cosas» está la oración. Más aún: tenemos que preguntarnos si se puede buscar y hallar a Dios sin oración. La respuesta es rotundamente negativa. *«Jesús –dice el P. J.A. García– es un hombre de dos tiempos. El primer tiempo es el tiempo de la implicación (servicio y apostolado) del trabajo, del compromiso por los demás. Sin primeros tiempos no hay vida cristiana. Pero una comprensión total de Jesús no se agota ahí. Los segundos tiempos de Jesús aparecen como retirada consciente de la acción (para entrar en oración)... Sin los segundos tiempos, los primeros están llamados seguramente a deteriorarse progresivamente. ¿No está la vida llena de múltiples constataciones de esta verdad?»*.<sup>11</sup>

#### **5. Eludir los riesgos de la relación**

La relación humana que anuda el acompañado con su guía guarda cierta analogía con la que entabla el paciente con su terapeuta. Algunos expertos, al describir ciertas disfunciones que pueden y suelen darse en la relación espiritual, utilizan el mismo lenguaje consagrado para calificar las patologías de la relación psicoterapéutica. Así, por ejemplo, en una obra notable, Barry y Connolly. Procuraré acercarme en lo posible a aquellas disfunciones con un lenguaje asequible.

##### *5.1. La dependencia*

Cuando la autoestima del acompañado es sensiblemente deficiente o su inmadurez es todavía notable, los criterios y observaciones del guía se convierten casi en dogmas de fe. Las palabras de desaprobación de un comportamiento constituyen un drama. La mayor o menor reserva (real o imaginaria) del consejero son interpretadas como desestima.

La dependencia bloquea el acompañamiento, que es un itinerario hacia la libertad. El dependiente desea que el acompañante dependa recíprocamente de él. El tacto del acompañante es aquí capital. Su lucidez y equilibrio para no dejarse gratificar por la excesiva adhesión del acompañado son determinantes. Transformar esa dependencia en

---

<sup>11</sup> J.A. GARCÍA, «Hombres y mujeres de dos tiempos. Puntos sensibles del acompañamiento espiritual», en *Sal Terrae* (Santander 1997), pp. 638 ss.



libre obediencia a Dios es un objetivo que han de proponerse armonizadamente el guía y el creyente que quiere progresar en la fe.

### *5.2. La transferencia*

En la relación terapéutica es muy corriente que el paciente proyecte inconscientemente sobre el terapeuta sentimientos de amor o de odio ya olvidados, pero mal digeridos, que vivió en el pasado respecto de otras personas (sus padres y hermanos u otras relaciones arcaicas). En este caso los amores y los aborrecimientos hacia el guía y los entusiasmos y las decepciones respecto de él suelen ser desmesurados, desproporcionadas a la situación vivida en la relación espiritual entre ambos. Esta desmesura es precisamente el signo de que se está produciendo el fenómeno de la transferencia. La finura del psicoterapeuta consiste en descubrir que tales cargas emotivas no van dirigidas hacia él y en ayudarle a descubrir hacia qué figuras del pasado van dirigidas.

Aunque en mucha menor proporción, este fenómeno no es extraño en algunos acompañamientos, dirigidos sobre todo a adolescentes y jóvenes y a personas «especiales». Saberlo ayuda al consejero a guardar el debido equilibrio entre la cercanía y la distancia.

### *5.3. La autoexigencia exagerada*

Un porcentaje minoritario, pero nada desdeñable, de los que postulan acompañamiento espiritual tienden a ser demasiado exigentes consigo mismos. La psicología profunda diría que tienen un super-yo rígido. Se piden a sí mismos más de lo que Dios les pide. Son propensos a confundir la voz del super-yo con la voz del Espíritu. Rara vez están razonablemente satisfechos de sus respuestas a Dios. Los escrupulosos son un caso típico y extremo en el que la angustia juega un papel relevante. Hay muchos otros casos más benignos, pero necesitados de que el guía espiritual modere y sosiegue sus autoexigencias y autorreproches y le ofrezca pautas para distinguir entre lo que el Espíritu le pide y lo que él se exige. Las reglas del discernimiento ignaciano son de gran utilidad en estas situaciones.

### *5.4. Las aspiraciones idealistas*

Hay temperamentos entusiastas y emotivos que se trazan un diseño muy elevado de lo que aspiran a ser en su vida creyente. Se «enamoran» de este retrato sin caer en cuenta de que no les es posible llegar tan alto. Cuando bajan a la realidad de su vida y la comparan con el diseño ideal se produce la frustración y la decepción. No se gustan a sí

mismos. Preferirían ser de otra manera. Estamos ante la delicada tarea de la aceptación real del yo real.

Aceptarse no significa resignarse. Significa creer y sentir en alguna medida que Dios nos ama como somos para ayudarnos a ser mejores. Que en este proceso de transformación hay límites que no se pueden superar porque constituyen una segunda naturaleza. La aceptación de sí mismo es para los cristianos consecuencia directa del acto de fe. La oración tiene aquí un papel insustituible.

La misión del acompañante consistirá en ayudarle a modificar el diseño ideal y sugerirle cuáles son las áreas de su vida en las que, por el trabajo del Espíritu, puede avanzar con solidez y realismo y cuáles aquellas que ha de asumir con paciencia cristiana.

Los psicólogos humanistas aseveran que una de las claves de la dicha consiste en una distancia razonable entre el yo real y el ideal del yo (el nivel de aspiración). La cercanía excesiva nos desmotiva; la distancia exagerada nos desazona.

## V. LAS CONDICIONES REQUERIDAS PARA ACOMPAÑAR

El acompañante no nace, se hace. Sus cualidades nativas pueden predisponerle, pero no prepararle. ¿Cuáles son las condiciones que han de postularse de él?

### 1. Experiencia cristiana honda y sólida

Antes que otros conocimientos teológicos, psicológicos o pedagógicos, ha de pedírsele una probada experiencia de fe. Es preciso afirmar el primado de su experiencia creyente sobre otras cualidades y conocimientos. Sólo si vive una experiencia de Dios (siempre en la fe y, por tanto, siempre en cierta oscuridad) podrá sintonizar con el movimiento del Espíritu en el acompañado. La misma madurez humana, imprescindible, no es suficiente sin la madurez espiritual que sabe buscar y hallar a Dios en todas las cosas y discernir su presencia y su acción en sí mismo, en el creyente al que guía, en la Iglesia y en el mundo. A él pueden aplicarse las palabras de *Heb 5, 13*: «*El alimento sólido es para los perfectos, los que por el hábito han aprendido a distinguir entre el bien y el mal*». La recomendación de Teresa de Ávila que prefiere confesores doctos antes que santos, requiere una exégesis aquilatada.

## 2. Sabiduría para discernir

El acompañamiento, servicio eminentemente espiritual, se apoya en gran parte en la oración. En pocas actividades apostólicas es una persona tan claramente mediación de la acción de Dios como en ésta. Comunión con Dios y comunión con el acompañado son las dos dimensiones de esta oración.

La experiencia espiritual requiere un adecuado complemento: una formación, al menos básica, en teología espiritual y en las ciencias humanas psicológicas y pedagógicas. La formación psicológica debe comprender un elenco de conocimientos básicos, bien escogidos en orden a su misión.

## 3. Acoger

Si para el acompañado una de las condiciones de progreso en la vida cristiana es la aceptación de sí mismo, la condición del guía espiritual es saber *acoger*. Aceptarle tal cual es para ayudarlo a ser más evangélico. Esta acogida es signo y reflejo de la acogida que Dios le dispensa. «*Saberse amado “tal cual” tiene incluso una fuerza terapéutica considerable*» (A. Louf).

- Acoger entraña, en primer lugar, *escuchar*. Es el acompañado quien ha de ir liberando su palabra a medida que la pronuncia. Si al inicio esta palabra se parece más a un «monumento a su narcisismo», a una «queja culpabilizada» o a una «requisitoria contra los otros», poco a poco la escucha atenta y paciente irá purificándole de estas adherencias.

Me parece que uno de los defectos de muchos acompañantes es intervenir demasiado pronto con preguntas o con afirmaciones. Hay que dejar «sedal largo» a la comunicación del acompañado. No somos médicos que tienen que realizar cuanto antes su diagnóstico mediante preguntas atinadas. Es él quien tiene que descubrir su propia situación dentro de su niebla interior. La ansiedad que nos produce el «no ver» desde el principio lo que sucede al acompañado puede conducirnos a intervenir prematuramente. Poco le sirve incluso que nosotros veamos lo que le sucede antes que él. Nuestra misión no es adivinar, sino ayudarlo a verbalizar lo que pasa. A veces tenemos que soportar su mismo silencio y procurar provocar su palabra con una pregunta discreta.

- Acoger significa profesar al acompañado un *amor empático*. La empatía es la cualidad de descentrarnos de nosotros mismos y de «meternos en la piel del otro». C. Jung, invitado por la Conferencia pastoral alsaciana el año 1932, recomendaba a los guías espirituales la empatía. Tal relación, nativa y aprendida al mismo tiempo,

se destruye cuando el médico, el terapeuta o el guía espiritual «condena» al acompañado. Se pueden y se deben desaprobar comportamientos o actitudes, pero no a las personas. «*Condenar no libera, sino oprime... Esto no significa que nunca se deba dictaminar*» (Jung). La tarea del guía no es ni condenar ni condescender, sino, sobre todo comprender.

- Acoger comporta además respetar la *libertad* del acompañado que ha de abrirse libremente a Dios y a su proyecto sobre él y sobre todo. Las actitudes impositivas sólo son aceptables o recomendables en casos extremos como los escrúpulos o los comportamientos que vulneran notablemente a terceros. El acompañamiento se juega entre dos libertades. El guía es testigo que ayuda a registrar la libertad amorosa de Dios y ayuda a generar una libertad creciente en el acompañado para responderle.

#### **4. Conocer y controlar sus propias tentaciones**

##### *4.1. La condescendencia*

Una cosa es la comprensión y otra la condescendencia. Ésta, en su ánimo de tranquilizar o de no contradecir, aprueba criterios desviados o minimiza actitudes y comportamientos morales no aceptables. El temor a perder imagen ante el acompañado puede hacerle caer en esta tentación. Nuestro acompañamiento debe ser cercano y respetuoso, pero también *libre*. Me parece que la condescendencia no es un mal inexistente en bastantes acompañamientos. La madurez humana y espiritual nos pide libertad. No somos guías leales cuando incurrimos en esta tentación. El silencio está muchas veces justificado, porque todavía el acompañado no ha aprendido a soportar la verdad de su propio deseo. Llegará el momento de la verdad. No lo provoquemos prematuramente; pero no lo omitamos medrosamente.

##### *4.2. La propensión al control desmedido*

No todos somos inmunes a esta tentación del dominio y de cierta apropiación o suplantación de las conciencias de otros. Sólo hay un Padre, el del cielo. Sólo hay un Maestro, Jesucristo. El Padre y Jesucristo nos envían su Espíritu. Al acompañante le corresponde fundamentalmente el papel de hermano entre los hermanos, de discípulo entre los discípulos y de creyente entre los creyentes. Es verdad que en el acompañamiento es lícito reconocer una cierta paternidad espiritual. Pablo nos dice: «*aunque tuvierais diez mil maestros en la fe, padres no tenéis muchos; he sido yo quien os ha hecho nacer a la vida cristiana por medio del Evangelio*» (1 Cor 4, 15). Pero

Pablo tuvo en la gestación de sus comunidades un papel mucho más amplio y profundo que el del guía espiritual.

#### *4.3. El paternalismo*

Paternidad no equivale a paternalismo. Este tiende a proteger excesivamente, a ahorrar al acompañado experiencias negativas que constituyen un riesgo, pero pueden ser una crisis saludable. No se ocupa suficientemente de que el creyente llegue a una fe adulta. El paternalismo es una forma afectiva de dominio. Esconde muchas veces una inmadurez humana en el guía, que necesita compensar necesidades interiores insatisfechas con una influencia indiscutida sobre el creyente en crecimiento.

El acompañamiento es algo tan profundo que pone a prueba la madurez humana y espiritual del guía o consejero espiritual.

## **VI. ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS**

Resumo y prolongo en este breve capítulo algunas reflexiones anudadas o sugeridas en los capítulos anteriores.

### **1. El acompañante debe dejarse acompañar**

Recuperar esta praxis sería extremadamente saludable para todos los guías espirituales. Tengo la convicción de que los sacerdotes tenemos a nuestra disposición toda una espiritualidad específica ofrecida por la Iglesia y sumamente motivadora. No son los motivos los que nos faltan, sino una vida estructurada que nos ayude a interiorizar estos motivos. A pesar de ser en muchos aspectos muy disciplinados, no lo somos tanto en cultivar la calidad de nuestra vida espiritual. El acompañamiento periódico y sistemático garantizaría que no descuidáramos los medios principales, como la celebración cuidada de la Eucaristía, la oración personal, la recitación pausada de la Liturgia de las Horas, la práctica del sacramento de la Reconciliación, el análisis de nuestras actitudes espirituales y pastorales. Sé que esta reflexión es sembrada en buena tierra. No abundan, con todo, quienes nos pueden prestar cualificadamente este servicio. La penuria de maestros del espíritu es notable. Pero la búsqueda «del mejor» no debe frenar el acceso al «real posible».

## **2. Retiro largo**

Será muy conveniente inicialmente la práctica de un Retiro largo en el que recibamos no sólo los textos bíblicos y las reflexiones para orar, sino un acompañamiento personal que nos ayude a abrirnos a Dios y al consejero espiritual. Un tiempo de monasterio «con plan y con guía» o unos Ejercicios que duren al menos una semana entera serían necesarios para retomar una práctica abandonada o demasiado fragmentaria e intermitente. Recomiendo, a los que se atrevan, los Ejercicios Espirituales de mes entero. Os confieso con pudor que han sido para mí el mes más provechoso y gozoso de mi vida. Requieren un entrenamiento previo. Cuando es difícil acceder a ellos, pueden ser suplidos por «los Ejercicios en la vida diaria», una práctica que aplicó San Ignacio y que hoy es ofrecida por la Compañía de Jesús.

## **3. Jornadas de iniciación y profundización en el acompañamiento**

La sabiduría acumulada en la Iglesia, debidamente actualizada, es transmisible y debe ser transmitida. Existen personas e instituciones que estarían dispuestas a esta transmisión si se prestara a recibirla un grupo apreciable de sacerdotes, religiosos y laicos. Porque este ministerio es muy coherente con el ministerio presbiteral, pero no es específico. Desde la antigüedad lo han practicado durante muchos siglos no sólo sacerdotes seculares y religiosos, sino también religiosos no sacerdote y religiosas, hombres y mujeres seculares. Las aptitudes y las actitudes de bastantes mujeres son muy propicias para este ministerio eclesial. En este tiempo en el que «sumamos de uno en uno», tenemos muchas comunidades de talla tan reducida y tantos creyentes necesitan para mantener su identidad cristiana un acompañamiento individualizado, es más que deseable que la Iglesia no desaproveche ninguna vocación apta, dispuesta y preparada para este ministerio.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEIXANDRE D., «Imágenes bíblicas para el acompañamiento», en *Sal Terrae* (Santander 1997), pp. 641-666.
- BARRY W. - CONNOLLY J., *La pratique de la direction spirituelle*, Desclèe (París 1992) (es traducción de *The Practice of Spiritual Direction*, 1982).
- DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (D.E.I.), Mensajero (Bilbao 2007), artículos «Acompañamiento espiritual» y «Discernimiento».
- *Dictionnaire de Spiritualite* (tomo III), artículo «Direction spirituelle!», cc. 1002-1060.
- GARCÍA J.A., «Hombres y mujeres de dos tiempos. Puntos sensibles del acompañamiento espiritual», en *Sal Terrae* (Santander 1997), pp. 629-640.
- LOUF A., *Mi vida en tus manos*, Narcea (Madrid 2004).
- LOUF A., *La grâce pent davantage. L'accompagnement spirituel*, Desclèe (París 1992).
- *NUEVO DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD* (NDE) (Madrid 1983), artículo «Padre espiritual», cc. 1046-1061.
- RAMBLA J.M., «No anticiparse al Espíritu. Variaciones sobre el acompañamiento espiritual», en *Sal Terrae* (Santander 1997), pp. 619-628.
- VAN BREEMEN, P., «Acompañamiento espiritual hoy», en *Manresa* (1996), pp. 361-377.